

CUADERNOS 19

Populismo:
qué, por qué, para qué



Editado por CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN
En Madrid, 17 de abril de 2017
publicaciones@circulocivicodeopinion.es
Impreso: Gráficas San Enrique (Madrid)
Depósito Legal: M-7615-2012
ISSN 2254-1837
Editado en España

CUADERNOS 19

Populismo:
qué, por qué, para qué

Abril 2017



El CÍRCULO CÍVICO DE OPINION asume como propios únicamente los textos de los *Documentos* que, tras la correspondiente deliberación y aprobación, se publican con su firma.

Las opiniones contenidas en los *Informes* encargados por el CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN, y firmados por sus respectivos autores, son de la exclusiva responsabilidad de estos.

ÍNDICE

Populismo: qué, por qué, para qué	5
Informes	
¿Por qué el populismo? Fernando Vallespín	7
Radiografía del populismo Máriam Martínez-Bascuñán	21

POPULISMO: QUÉ, POR QUÉ, PARA QUÉ

El mundo político está cambiando hoy en varias direcciones y siguiendo pautas que hasta hace solo un lustro hubieran sido inimaginables. Hemos vuelto a la geopolítica, a la caída en autoritarismos de nuevo cuño en países que se encontraban en pleno proceso de democratización, incluso al temor de nuevas confrontaciones bélicas. La globalización ya no se ve como un destino, sino como un proceso que puede deshacerse en parte, y el propio proceso de integración europea se ha convertido en una incógnita. Por otra parte, las nuevas tecnologías de la comunicación están produciendo cambios estructurales en el espacio público que nos permiten hablar de la entronización de eso que se presenta como la “política posverdad” o “posfáctica”.

Entre estas transformaciones, una de las que generan mayor preocupación es el refuerzo, cuando no la aparición, de partidos o actitudes populistas en la mayoría de las democracias avanzadas. Pudimos comprobarlo en la campaña electoral del Brexit y en el sorprendente éxito del candidato Donald Trump; también en su expansión en países donde hasta entonces su presencia era casi marginal. Que, por ejemplo, el candidato de extrema derecha, Norbert Hofer, consiguiera rozar el 47% del voto en la segunda vuelta de las presidenciales austriacas es algo que hace un par de años hubiera resultado inconcebible; o que Marine Le Pen, líder del Frente Nacional francés, tenga opciones reales de alcanzar la Presidencia de Francia; o el refuerzo de opiniones de ese tipo en el espacio escandinavo o de los Países Bajos. Este fenómeno está lejos de presentarse como un todo homogéneo, pero sí muestra muchos rasgos comunes y ofrece nuevos desafíos a los sistemas democráticos.

Por todo lo anterior, el Círculo Cívico de Opinión se ha sentido interpelado por él para confrontarlo como uno de los objetos de su actividad. Nuestro compromiso con lo público y la propia naturaleza del grupo nos exige una toma de

postura ante estos movimientos de la única forma en la que nos es posible, a través del análisis y la reflexión serena. Nos hallamos en un “momento populista” cuyas causas no están claras, ni mucho menos aún sus ulteriores pautas de evolución. Como muestra el ejemplo de la propia España, donde su original modelo se encuentra en mutación permanente, no es fácil hacer previsiones. Sí puede llamarse la atención, sin embargo, sobre cuáles son sus consecuencias sobre el funcionamiento de la democracia, el aspecto más sensible de toda esta discusión. Contrariamente a su propio relato, que lo presenta como una nueva y original conexión entre gobernantes y gobernados, el populismo sí puede significar una importante amenaza para algunas de las instituciones centrales de la democracia liberal, todas aquellas que velan por el control del poder y la protección del pluralismo social. ¿Estamos al final del orden liberal tal y como lo veníamos entendiendo? ¿Qué puede llegar a suplirlo o cómo podremos evitarlo? Son muchas las preguntas, pero todas ellas apuntan hacia el corazón de la democracia misma.

CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN
Abril 2017



¿POR QUÉ EL POPULISMO?

Fernando Vallespín

Catedrático de Ciencia Política
Universidad Autónoma de Madrid

I. ADVERTENCIAS PREVIAS

1. El populismo no es en realidad una ideología política; se trata más bien de una “lógica de acción política”. Más importante que los contenidos doctrinales son aquí las fórmulas o los estilos de acción política, la retórica empleada y la manera en las que aspira a hacerse con la hegemonía. Por eso puede hablarse de un populismo de izquierdas y otro de derechas. Si los contenidos ideológicos jugaran un papel central esta distinción no sería posible.

2. Dicha lógica de acción política es muy simple, pero no se abre a una definición sencilla. La explicación de esta aparente paradoja deriva de sus muchas variedades, tanto las históricas como las contemporáneas, pero, sobre todo, de su creciente uso como invectiva en la lucha política. El adjetivo “populista” ha comenzado a utilizarse profusamente como arma de descalificación política y se aplica libérrimamente para referirse a partidos o líderes.

3. Además de esto, no todos los académicos que se predicán de expertos en el fenómeno coinciden en su definición, o ponderan más unos factores que otros. Por otra parte, y esta es una impresión personal, tendemos a trasladar al presente rasgos del populismo de otros tiempos, muy sujetos al momento político específico que les dio vida.

Por todo ello, mi intención en este texto no es ofrecer un despliegue de esa multiplicidad de acepciones o de señalar cómo operan unos u otros populismos. El objetivo es tratar de **buscar una explicación al porqué de su creciente presencia e importancia en nuestros días en países en los que hasta ahora había sido un fenómeno marginal**. Y subrayo este último dato, que me permite prescindir de indagaciones sobre el populismo latinoamericano, donde, como es sabido, siempre ha gozado de una fuerza importante. Lo que hoy nos sorprende es que haya podido triunfar en las dos democracias más antiguas del mundo –Reino Unido y Estados Unidos–, esté bien presente también en algunas de las de mayor calidad –Escandinavia, Holanda, Austria–, y sea una amenaza cierta en otras como Francia.

4. La indagación en torno al porqué pueda verse en el populismo una salida a nuestra crisis de gobernanza democrática es un enigma que exige alguna explicación. Aunque, como suele ocurrir con todos los fenómenos de naturaleza

socio-política, estamos demasiado cerca de los hechos para poder pronunciarnos sobre ellos con algo más que con meras hipótesis.

II. RASGOS COMUNES

A pesar de lo apuntado, necesitamos unas mínimas herramientas conceptuales para saber a qué nos estamos refiriendo cuando hablamos de populismo. Lo que sigue puede considerarse como el mínimo común denominador de todos estos movimientos, que pasamos a exponer muy esquemáticamente.

- a) En términos generales, responden a **procesos de brusco cambio social** –modernización, industrialización, aparición de la sociedad de masas, globalización, migraciones– frente a los que se reacciona invocando la necesidad perentoria de revertir la situación.
- b) Dicha reacción se expresa mediante una **descripción con tintes dramáticos** del momento en el que nos encontramos. Su estilo comunicativo se impregna de negatividad y de un espíritu cuasi-trágico respecto del estado del país en cuestión, que clama por la restauración de un orden –de convivencia, cultural, político– que se entiende subvertido.
- c) Esta restitución se busca a través de una **apelación al “pueblo”**, su concepto central, pero también el más difícil de especificar. Según sus versiones, “pueblo” sería el todo homogéneo que padece la negatividad del momento y se ve más afectado por la nueva situación; o bien, esa parte “auténtica” que se ve contaminada por “extraños” –inmigrantes– o élites, o ambos¹.
- d) Para que cuaje dicho sujeto político totalizador es necesario **buscar un antagonista**. El populismo siempre se articula a través de una polarización: nosotros/ellos, pueblo/élites (“casta”), los de dentro/los de fuera, los de abajo/los de arriba. Y en esta distinción se le dota de un valor moral superior a la parte supuestamente agraviada mientras que se denigra y culpabiliza a quien provoca la ofensa.
- e) En la administración de esta polarización es donde todo populismo pone sus mayores esfuerzos. Entre otras razones, porque **reniega de la visión pluralista de la sociedad** propia del liberalismo. De lo que se trata es de activar y movilizar vínculos y necesidades básicas que se entiende que son “naturales” y pre-políticas. Además de anti-elitista es profundamente anti-pluralista.
- f) La apelación al pueblo y el señalamiento del enemigo o antagonista se envuelve en **emocionalidad** –la “rabia” de la que habla Trump, la indignación o el resentimiento de quienes se sienten manipulados por una o varias élites o ven debilitarse su modo de vida a causa de la “invasión” migratoria o la frustración derivada de no ver cumplidas sus expectativas–.

1 En la versión teórica de Laclau (*La razón populista*, México: FCE, 2005), seguida entre nosotros por Podemos, “pueblo” es algo que falta por articular, un proyecto todavía irrealizado que es necesario construir discursivamente y mediante luchas políticas.



- g) El **discurso** de que se valen es, así, profundamente **simplificador**, tanto respecto de la definición de pueblo, como respecto del supuesto enemigo de este, o en todo lo relativo a propuestas políticas específicas, que se ocultan detrás de una retórica apoyadas en eslóganes, no en *policies* concretas.
- h) La emocionalidad y la simplificación del discurso obliga a sus promotores a entrar en una **“guerra de representaciones”** con quienes compiten con ellos por dar cuenta del mundo. La búsqueda de la hegemonía en gran medida se concreta en esta lucha por ajustar las percepciones del público a los enmarques (*frames*) y las definiciones de la realidad que promueven. De ahí que la mayoría de los medios de comunicación tradicionales, la prensa en particular, sean también objeto directo de su política de confrontación. La política posfáctica o posverdad se articula, así, como el medio más idóneo de lucha política pública.

III. EL FACTOR CULTURALISTA

Como acabamos de ver, el populismo es un fenómeno de reacción a un determinado contexto. En nuestros días este se corresponde con la globalización y sus diferentes dinámicas, como la crisis del Estado-nación, la subversión de los cálidos vínculos comunitarios, las migraciones y un largo etcétera. Todos ellos son procesos que recuerdan a las primeras fases de la modernización, con su implacable destrucción de las sociedades tradicionales. En la descripción de Max Weber, la pérdida de ese “jardín encantado” como consecuencia del proceso de racionalización del mundo, lejos de liberarnos nos sujeta a una nueva tutela reglamentaria que nos introduce en una “jaula de hierro” y se torna en alienación frente cambios que se viven como exógenos. El peligro de este “desencantamiento” es que no conduce necesariamente al “progreso”, sino que deja abierta la puerta a que los “viejos dioses se levanten de sus tumbas” –se vuelva a la vieja religión–, o se busque la protección colectiva bajo líderes carismáticos, como de hecho ocurrió en muchos lugares en la Europa de entonces.

En estos momentos estaríamos ante una situación similar en todo el globo, sin que podamos excluir a nuestras propias sociedades desarrolladas. La nueva “Era de la Furia” de la que habla Pankaj Mishra², estaría marcada por el contraste entre las promesas de libertad, autonomía y prosperidad que nos ofrecía la globalización, y la verificación empírica de desigualdades o asimetrías crecientes entre culturas, grupos o modos de vida. Lo que se percibe como la destrucción de viejas formas de autoridad, vínculos de pertenencia y la humillación derivada de la frustración de expectativas habría dado lugar a un nuevo nihilismo o la búsqueda de nuevos chivos expiatorios que son nítidamente señalados por los nuevos populismos. Y a estos efectos sirve de poco la reconstrucción en positivo de los logros de la globalización en lo referente a la drástica reducción de la pobreza, la reducción de las diferencias *entre* sociedades o la ampliación del campo de la comunicación facilitado por las nuevas tecnologías. El problema es de percepción; y también de cómo es esta vivida

2 Pankaj Mishra, *The Age of Rage. A History of the Present*, Allen Lane, 2017 (hay traducción española en Barcelona: Galaxia Gutenberg).

y experimentada en la psique: consume la subjetividad y la autoestima y se traduce en *resentimiento*.

Como señala el propio Mishra, “a mucha gente le resulta sencillo dirigir su rabia contra una élite cultural supuestamente cosmopolita y sin raíces”³. En las sociedades desarrolladas, que son las que aquí nos interesan, el temor al descenso social de importantes sectores de las clases medias es visto como una de las principales causas de la expansión del populismo en el Primer Mundo. En la mayoría de los casos, comprando el discurso populista anti-globalización favorable al aislamiento económico, el argumento de que los inmigrantes constituyen algo así como un “ejército de reserva industrial” que favorece los salarios bajos y, en consecuencia, permite obtener mayores beneficios a los empresarios. Un argumento que recuerda a Marx, aunque –¡esto es decisivo!– se combine con una crítica cultural conservadora radical: los culpables son nuestras élites económicas y políticas, pero también esos Otros hacia los que se dirige la rabia, los inmigrantes. Estos introducirían elementos extraños a nuestra sociedad: no creen en nuestros valores y son fuente permanente de delincuencia cuando no de terrorismo.

Si bien en esto todos los populismos tienen un aire de familia común, no todos ponen el acento sobre lo mismo. Podemos distinguir al menos las siguientes versiones:

- a) El *populismo estadounidense* representado por Trump apela sobre todo al trabajador blanco de clase baja o media-baja, desplazado de sus trabajos anteriores por la externalización de empresas industriales. La rabia de este sujeto encaja como un guante en lo que los sociólogos denominan “incongruencia cognitiva”. Se saben pertenecientes a la raza “privilegiada” del país y, sin embargo, se sienten excluidos de las promesas de continua movilidad ascendente en las que les había socializado el *American Dream*. Su resentimiento se explica por lo ya dicho arriba, pero se dirige también contra la estrategia de la izquierda americana, que durante décadas no había dejado de presentar al pueblo americano fracturado por líneas étnicas, de preferencia sexual, religiosas, etc., un país que no encaja con el de su imaginario nacional idealizado. Y también apuntan contra las élites periodísticas y académicas liberales, caracterizadas por su superioridad moral y displicencia hacia los “ignorantes”. No es casualidad que la variable del voto por nivel educativo sea a estos efectos decisiva, como muestran los resultados del Brexit y la elección de Trump.

El que el presidente americano fuera votado también por la gran mayoría del *establishment* republicano tradicional –de hecho, sin él no habría ganado– no elimina este dato que las encuestas poselectorales han presentado como incuestionable. Aunque entre sus votantes habituales no prevalezca una visión tan negativa de “Washington”, de las élites políticas tradicionales.

3 *Ibid*, p. 334.



- b) El *populismo xenóforo* europeo, por su parte, no es menos aislacionista. Su característica principal es, sin embargo, que el objeto de sus iras se dirige contra la UE y sus élites tecnocráticas, además de contra los inmigrantes y, más recientemente, contra los refugiados. La nación pasa a defenderse así tanto de enemigos exteriores –la UE–, como interiores. Aquí es donde el nuevo eje de conflicto, dentro/fuera o comunitarismo/cosmopolitismo, encuentra su campo más abonado. Esto explica el Brexit, pero también por qué el discurso anti-globalización de Le Pen llega a los sectores que se sienten más desprotegidos⁴ o que comparten las prestaciones sociales con los inmigrantes. Y todos ellos hacen suya la máxima de la líder del F.N. cuando habla de *choix de civilisation*, la necesidad de afirmarnos *culturalmente* frente al extraño, ese Otro que habita entre nosotros.

Obsérvese, que en todas estas versiones de populismo funciona una visión de la propia cultura radicalmente diferente de la promovida tradicionalmente por las élites intelectuales en Occidente. Aquí la cultura propia nunca se vio necesitada de “protección” por el simple hecho de que siempre se creyó dotada de lo que podríamos denominar el “privilegio anticipador”. Occidente como titular de una forma de vida –democracia liberal, derechos humanos, pluralismo– con la que acabarían convergiendo al final otras culturas. El universalismo predicado de sus principios fue pronto tachado de “universalismo particularista”. Huntington ha vencido sobre Fukuyama, si se me permite la simplificación. No solo estamos lejos de una convergencia cultural o en principios políticos, sino que Occidente ha pasado a verse como una cultura más y, por tanto, necesitada de protección. Recuérdese que el *Choque de civilizaciones* de Huntington ya advertía de la inutilidad de promover los derechos humanos fuera de nuestro espacio cultural y de evitar en lo posible que una “quinta columna” –*sic*– interior integrada por inmigrantes pudiera subvertirlos.

La actual “des-occidentalización del mundo” –en peso demográfico, en porcentaje sobre el PIB mundial y en vigencia de nuestros principios– coincide curiosamente con una “re-nacionalización de Occidente”. La defensa de lo propio no se hace ya en nombre de los grandes valores cosmopolitas de la Ilustración, sino mediante la afirmación de las *identidades* culturales nacionales. Como es obvio, cada país siempre ha defendido sus *intereses* nacionales, tanto en Occidente como en otros lugares, pero esta defensa se solía superponer a la de los rasgos más característicos de la cultura común. El *choix de civilisation* lepenita es frente al Islam, pero también frente al cosmopolitismo liberal o socialdemócrata. O, lo que es lo mismo, ¡choque de civilizaciones dentro de una misma civilización!

Otro punto importante es observar la interacción mutua entre lo económico y lo más propiamente cultural. Dos son los principales mecanismos de los que se han valido tradicionalmente las sociedades para evitar su fraccionamiento y soslayar la tensión entre lo colectivo y lo individual, o entre “comunidad” propiamente dicha y la mera sumatoria de individualidades o grupos: la afirmación de una

⁴ Según una encuesta reciente, el 47% de los trabajadores asalariados va a votar por Le Pen en la primera vuelta de las próximas presidenciales francesas.

identidad común o la *solidaridad* instituida mediante políticas sociales cohesionadoras. Esta última es la que ha prevalecido hasta los últimos años y que hoy se ve en peligro en buena parte de nuestros países. La identidad es divisoria, mientras que la solidaridad es integradora. Lo sorprendente del populismo es que trata de integrar ambas dimensiones. Y no solo el populismo de izquierdas. Valores de izquierdas como el refuerzo del Estado de bienestar, pleno empleo o crítica a las políticas de austeridad –siempre, claro está, para “los nuestros”– se unen a la búsqueda de un refuerzo paralelo de lo identitario.

IV. EL FACTOR POLÍTICO: LA “RECESIÓN DEMOCRÁTICA”

Tomo prestada la expresión “recesión democrática” de Larry Diamond, uno de los más prestigiosos expertos en calidad de la democracia. En un artículo reciente⁵ señala cómo desde 2006 se está debilitando el gobierno democrático en todo el mundo; al menos desde que tuviera tan extraordinario estallido a comienzos de la “tercera ola democrática” (Huntington) en 1974. Esta recesión se manifestaría en: 1. una práctica congelación en el número de nuevas democracias y la vuelta de muchas de ellas a gobiernos autoritarios; 2. La calidad y estabilidad de la democracia disminuye en algunos países emergentes clave –Turquía, México, Tailandia, Rusia, Filipinas... –, muchos de los cuales vuelven a caer directamente en el autoritarismo; y 3. en los propios países occidentales se observa una disminución en la calidad democrática, en la gobernanza⁶ o en la defensa y promoción internacional de esta forma de gobierno. Los casos de Hungría y Polonia representarían la situación más extrema. Estas tesis de Diamond se ven corroboradas en el ranking de calidad de la democracia que hace *The Economist Democracy Unit*⁷, particularmente sombrío en su última edición, o en los informes de *Freedom House*.

A la vista de todo este conjunto de datos, podemos afirmar (i) que la nueva ola populista debe considerarse más como una consecuencia que como una causa de la actual crisis de la democracia; sería expresiva de la pérdida de eficacia del tradicional consenso liberal-democrático que nos acompañó desde la posguerra; (ii) que la coincidencia de fechas obliga a establecer una correlación entre la “recesión democrática” y la propia “recesión económica”, aunque esto sea más difícil de fundamentar empíricamente⁸; y (iii), que nuevos factores geopolíticos pueden estar jugando también una enorme influencia. Pensemos, sobre todo, en la nueva posición de China como gran superpotencia económica no democrática –el modelo de “desarrollismo autoritario”–, que rompe flagrantemente con el presupuesto anterior de que solo la democracia liberal garantiza la prosperidad económica. La democracia liberal ha dejado ya de ser el modelo único para los países en desarrollo que buscan una modernización acelerada.

5 L. Diamond, “Facing up to the Democratic Recession”, *Journal of Democracy*, vol. 26, 1, enero 2015.

6 Aquí la “vetocracia” estadounidense –una expresión de Fukuyama– sería un magnífico ejemplo. Véase F. Fukuyama, *Orden y decadencia de la democracia*, Barcelona: Ediciones Deusto, 2014, págs. 654 y ss.

7 http://pages.eiu.com/rs/783-XMC-194/images/Democracy_Index_2016.pdf

8 En este trabajo no hemos abierto una sección específica referida a esta correlación, que indudablemente existe. En las diferentes ediciones del ranking de calidad democrática de *The Economist* sale claramente a la luz a la vista de la espectacular caída durante todo este periodo en la calidad democrática en los países de Europa del sur, los más afectados por la crisis del Euro.



Aquí reduciremos nuestro análisis a lo señalado en (i). Para ello acentuaremos solo algunos de los aspectos posibles. La tesis central es que las democracias “fallan” cuando entre la ciudadanía se extiende la *desconfianza* hacia los actores y las instituciones políticas y las propias élites anteponen sus intereses corporativos a las normas, procedimientos y prácticas democráticas. Si este es el caso, *¿qué es lo que no ha funcionado o qué transformaciones han contribuido a esta situación?* A este respecto nos concentraremos en dos notas:

- a) La distorsión fundamental seguramente haya que verla en la “**crisis de representación**”, que puede ser percibida desde diferentes ángulos, pero que explicaría por qué se abre un espacio para el voto a partidos populistas. Veámoslo brevemente.

Una de las más satisfactorias presentaciones de esta crisis nos la encontramos en el magnífico libro de Peter Mair⁹, donde se pone el énfasis sobre las consecuencias que para el funcionamiento de la democracia liberal ha tenido el continuo proceso de *pérdida de conexión entre los partidos y su electorado tradicional*. Su diagnóstico puede resumirse en las siguientes ideas-fuerza:

1. Los partidos tradicionales se han “cartelizado” y son ya casi indistinguibles ideológicamente entre sí. No importaría ya la ficción de las diferencias a las que obliga la competición electoral o el juego gobierno/oposición; para la percepción ciudadana es el mismo perro con distinto collar.
2. En parte como consecuencia de lo anterior, habría crecido la interpenetración entre Estado y partidos. Son partidos que se adscriben más al sistema político que a sus representados, organizaciones marcadas por una profesionalización tecnocrática que están más pendientes de su propia supervivencia y sus beneficios corporativos que por conectarse a las verdaderas necesidades de sus electorados. Se habrían instituido, en efecto, en una “clase política”.
3. La retirada de las élites del partido de su soporte en las bases –*downgrading the party on the ground*–, y su preferencia por el “partido en el parlamento” y/o el gobierno o las propias instituciones europeas.
4. Los ciudadanos, por su parte, no ayudan. Entre ellos prevalecen formas de vida individualizadas que apuntan a una “defunción de la implicación en la vida política”, manifiesta en su menor participación electoral y en su visión de lo político a partir del paradigma del *consumo* político.
5. La disminución de la participación electoral se manifiesta particularmente entre los jóvenes y los sectores más menesterosos de la sociedad, quizá por falta de sintonía con alguna de las ofertas partidistas.
6. Aumenta de forma sistemática la volatilidad electoral y la fragmentación

9 Peter Mair, *El vaciamiento de la democracia occidental*, Madrid: Alianza, 2013.

partidista, disminuyendo a la vez de forma creciente el apoyo a los partidos de masas.

b) El giro hacia una **política tecnocrática**: *policy without politics*.

A mi juicio, la crisis de representación es bastante más profunda que las deficiencias de los partidos como instrumentos mediadores. Afecta sobre todo a la creciente tecnocratización de la política, el hecho de que las políticas parecen responder más a imperativos sistémicos que a la traslación de los deseos de los ciudadanos. Las promesas electorales quedan huérfanas una vez que se asumen las “responsabilidades de gobierno” y sus titulares han de verse las caras con los constreñimientos estructurales de nuestra “democracia conforme al mercado” (Merkel), las presiones de los grupos de interés o los requerimientos del gobierno multinivel. La política en un sentido empático cede así ante la política como mera “administración”. Se podrá decir, por utilizar la jerga de la teoría de la representación, que el *principal* –el representado– se trasmuta en el conocimiento experto, la Troika, el BCE o los mercados, y el *agente* –el representante– se convierte en un mero gestor o administrador de imperativos sistémicos en vez de atender a las preferencias de los electores. El “consenso neoliberal” impediría reconocer, por tanto, todo un conjunto de demandas populares que quedan sin respuesta por no encajar con la lógica sistémica.

El problema de mayor calado, por su presencia en el imaginario público, es la contradicción de *market versus voters*, la divisa de W. Streeck, uno de los teóricos socialdemócratas que promueven el retorno al Estado para recuperar la democracia, salvando así la actual esquizofrenia entre el “ciudadano del Estado” y el “ciudadano del mercado”¹⁰.

Sobre este trasfondo, los movimientos populistas se presentan como los únicos actores con capacidad para revertir la situación gracias a su presunta capacidad para conectar con los “verdaderos” intereses del pueblo o, por decirlo de alguna manera, “transustancializar” lo que el liberalismo contempla como un abigarrado conjunto de intereses plurales en *una sola* voluntad popular, “producir homogeneidad donde solo hay heterogeneidad”¹¹. A este respecto, fuera del populismo teórico de Laclau¹² –o sea, de “izquierdas”–, no hay una estrategia clara aparte de la recomposición del nosotros nacional y de abundar en el efecto unificador de la identificación con el líder. Este, como el soberano de Hobbes, se erige en titular del monopolio moral de la representación. Lo malo es que para poder conseguirlo debe recurrir al “antagonismo administrado” (Laclau); es decir, excluir a los demás como “indignos” y, por tanto, enemigos del auténtico pueblo.

Sea como fuere, lo cierto es que hay un mercado electoral para quienes reaccionan frente al frío cálculo tecnocrático a partir de lo puramente emocional; para quienes se sienten humillados por la soberbia de las élites intelectuales o reniegan de contubernios, más o menos imaginados, entre élites políticas e intereses

10 Wolfgang Streeck, *Gekaufte Zeit. Die vertagte Krise des demokratischen Kapitalismus*. Frankfurt, 2015.

11 José Luis Villacañas, *Populismo*, Madrid: La Huerta Grande, 2015, p. 41.

12 En referencia a este populismo, la presentación de Villacañas, *op. cit.*, es excelente.



corporativos y empresariales; para quienes asisten impotentes ante la sucesión de casos de corrupción; en suma, para quienes se niegan a aceptar que el gobierno democrático sea de hecho incompatible con la existencia de auténticas alternativas. Como es bien sabido, la democracia no es imaginable sin promesa, sin poder pensarse en manos de un pueblo soberano y respondiendo a impulsos y necesidades de este, no de un anónimo conjunto de imperativos ciegos. Por eso el populismo auténtico es, en principio, inimaginable fuera de un sistema democrático. Recordemos la primera frase de la Constitución americana: “*We the people*”! A ese *We* es al que se apela como si fuera una entidad pre-política –en los populismos xenófobos– o una comunidad a la que aún hay que constituir políticamente, como ocurre en los de estirpe laclauiana o en el propio Bernie Sanders.

El problema es cuando ese pueblo se contempla a la vez como una masa homogénea y moldeable a través de estrategias de comunicación; cuando en él se fomentan las divisiones internas entre un núcleo saludable y auténtico y una periferia moralmente rechazable; cuando se imagina como dotado de una rousseauniana “voluntad general” que se superpone a las “voluntades de todos” y cuya definición recae a la postre en la voluntad del líder. Por eso es profundamente anti-liberal; debe serlo para poder llevar a cabo esta labor de “transustanciación” a la que antes nos referíamos. La consecuencia es una visión de la democracia desprovista de los clásicos frenos del Estado de derecho, de los elementos liberales de la democracia: gobierno de la ley, derechos individuales, división de poderes. Lo estamos viendo en las reacciones de Trump a las intervenciones judiciales ante las medidas de prohibir la entrada en Estados Unidos de residentes de determinados países musulmanes. O las declaraciones de Le Pen –y Fillon!– sobre la prioridad de la voluntad popular sobre el “gobierno de los jueces”.

La crítica populista a la “gobernanza neoliberal” por neutralizar las divisiones políticas detrás de estrategias de gestión posdemocráticas o “pospolíticas” puede hacerse perfectamente extensiva a ellos mismos. Eso y no otra cosa es lo que subyace a su intento por encontrar una demanda que contenga a todas las demás, una voluntad única dentro de la inexorable pluralidad de voluntades. El gran logro del liberalismo consistió precisamente en tratar de ponderar y compatibilizar toda construcción de mayorías con los requerimientos del respeto a los derechos individuales, a las minorías y al pluralismo ínsito a sociedades complejas.

V. EL FACTOR COMUNICATIVO: LA POLÍTICA POSVERDAD

A pesar de lo ya dicho, el éxito del populismo sería incomprensible si no atendemos a la reconstrucción del espacio público que se ha producido en las últimas décadas. Recordemos que hemos comenzado definiendo el populismo como una “lógica de acción política”, no como una ideología. Esta lógica se consume prácticamente en la actividad performativa, en sus “intervenciones” públicas, en la ágil, activa y continua comunicación, en la creación de estereotipos y enmarques que faciliten la construcción de un nosotros y su contraste con el adversario. Y aquí las nuevas tecnologías son decisivas. Lo hemos visto en las

campañas del Brexit y las elecciones presidenciales estadounidenses: el papel central de las redes sociales, las operaciones de difamación, el desprecio a la deliberación racional y a la realidad fáctica, el predominio de lo emocional sobre lo reflexivo –o de las pasiones sobre el conocimiento experto–. En suma, todo eso que hoy recibe el nombre de política posverdad.

Antes de entrar brevemente a analizar el fenómeno es preciso que reflexionemos sobre lo que está fracasando en esta dimensión, que a mi juicio tiene mucho que ver con la pérdida de peso de algo que podríamos definir como los mecanismos tradicionales de conformación de la opinión pública. En el caso de la elección americana lo vimos muy claramente. Las dos instancias informales de control de la “calidad” de los candidatos –las primarias de los partidos y las críticas de los medios de comunicación de prestigio– fallaron estrepitosamente. Que lo hicieran las primarias del partido republicano puede deberse a sus propias divisiones internas desde la aparición del Tea Party o como resultado de los problemas antes observados en el funcionamiento de los partidos políticos en general. Lo más sorprendente es que los órganos rectores de la opinión pública no tengan ya la capacidad de “enmarcar” la realidad con la autoridad de otros tiempos. Por eso, es imprescindible que nos detengamos a observar mínimamente el fenómeno. De nuevo en plan esquemático:

1. Uno de los efectos fundamentales de la aparición de las nuevas tecnologías es el proceso continuo de pérdida de *auctoritas* de toda posición de autoridad o poder. Desde el profesor, cuyas clases pueden ser contrastadas en tiempo real por el alumno con sus portátiles, pasando por los médicos, que ahora se ven obligados a discutir con los pacientes sus diagnósticos, o los políticos, que son recriminados en el ciberespacio cada vez que abren la boca. Otro tanto puede decirse también de los medios de comunicación tradicionales, cuyas informaciones compiten con otros contenidos, casi nunca contrastados, que proliferan en las redes.
2. Los medios de comunicación tradicionales se ven afectados, además, muy directamente por la crisis general de intermediación. Las personas pueden resolver a través de la organización entre ellas por internet lo que antes dependía de toda una serie de instancias intermediadoras. Cualquiera puede ser ahora periodista o emitir informaciones u opiniones sin tener que acudir a los medios establecidos. Se tiene la percepción de que muchos de estos “mediadores” sobran, algo que, por otra parte, se percibe también en la desaparición de las instancias de intermediación en el mundo económico. Y esto afecta también, como es obvio, a los propios partidos políticos. Un público constituido por yoes acostumbrados a entrar y salir de redes o “enjambres” y crecientemente complejo y diferenciado no se deja agrupar ya por adscripciones partidistas más o menos prefijadas. De ahí que la volatilidad electoral y de opinión esté aquí para quedarse.
3. Otros rasgos, estos ya más específicamente de las redes sociales, serían: a) que contribuyen a reforzar los prejuicios de los afines, los que piensan como nosotros; b) que se apela más a la emocionalidad que a la razón o a los datos



fácticos: no importa lo que es real, sino lo que “se siente” como tal. A esto es a lo que se recurre para implantar, reforzar o manipular sentimientos. c) Si falla la demanda o disminuye el activismo en red siempre puede ser potenciado por nuevas estrategias, como los *bots* en Twitter, que son perfiles automatizados con instrucciones claras; las *fake news*, que extienden rumores o informaciones construidas, la *news mimicry* o parodia de noticias contrastadas de los medios de prestigio, o la generación de noticias o *performances* escandalosas para no perder un lugar central en la economía de la atención¹³.

4. Algo muy importante que se suele ignorar es que la función de las noticias en las redes sociales consiste más en “crear comunidad” entre los afines que en proporcionar información. Y para ello es imprescindible tener bien definido al adversario; se trata de apoyar la propia versión del mundo; la objetividad o el contenido de verdad pasan a un segundo plano.

El tema de la posverdad se ha reducido, quizá en exceso, a la actual proliferación de las mentiras y las noticias erróneas o engañosas –*fake news*–, como si antes no las hubiera habido. Lo novedoso, tal y como estamos viendo, es que ya no importan. Antes el político cogido en alguna mentira, sobre todo en el mundo anglosajón, siempre acababa teniendo problemas y se le retiraba la confianza. Es curioso cómo en inglés el término *trust*, confianza, deriva de la misma raíz que *truth*, verdad. No podemos confiar en quien nos miente. Ahora da igual, bien porque, como acabamos de señalar, es verdadero solo lo que “siento” como tal, o porque asociamos la libertad a poder opinar lo que nos plazca, a pronunciarnos libérricamente sobre el mundo “a pesar de los hechos”¹⁴, o por puro faccionalismo –*right or wrong, my country!*–.

Hacía tiempo ya que no era necesario recurrir a la mentira grosera, bastaba con ofrecer la imagen del mundo que más convenía a una determinada parte política. Si esto se conseguía, era posible engañar sin necesidad de recurrir directamente a la mendacidad. Aquí es donde entra toda esa discusión de los enmarques o *frames*, o el *spin*, la conveniente manipulación de la representación del mundo para ajustarla a los intereses de parte. Desde la actual perspectiva esto ha dejado de ser ya relevante. Al final aceptaremos la voz de los nuestros, su representación del mundo; más aún si viene ungida como *vox populi*.

VI. EL POPULISMO EN ESPAÑA

Como es bien sabido, España es junto con Portugal el único país europeo que carece de populismos xenófobos de extrema derecha. Se ha dicho hasta la saciedad, sin embargo, que Podemos representa al populismo de izquierdas de rai-gambre laclauliana¹⁵, aunque esta afirmación no acaba de corresponderse con su funcionamiento político actual. La anterior presencia en Venezuela y Bolivia de

13 A todo esto hay que añadir ahora el intervencionismo de potencias extranjeras, como los *hackers* rusos, tremendamente activos e implicados a favor de las posiciones populistas en cualquier democracia liberal.

14 Esta tesis y, en general, el tema de mentira y política lo desarrollo en el libro *La mentira os hará libres*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2012.

15 Ernesto Laclau, *op. cit.*

buena parte de su liderazgo inicial favoreció una rápida adscripción de este nuevo partido a la tradición populista bolivariana. Es indudable que su experiencia en América Latina es fácilmente detectable tanto en sus principios como en su estrategia de acceso a la hegemonía, uno de los prerrequisitos dictados por su inspirador teórico. Pero el fracaso del tan aireado *sorpasso*, su incorporación a las instituciones y su inevitable adscripción a un sistema parlamentario europeo¹⁶ les ha obligado a adoptar cambios importantes en su cuerpo doctrinal y en su misma retórica. A la hora de “construir pueblo”, por ejemplo, chocaron con un sistema de partidos más arraigado de lo previsto y, en particular, con nuestra diversidad de identidades nacionales, reacia a pautas de homogenización en torno a la idea de algo así como *un* pueblo hipostasiado. Bajo las condiciones de pluralismo territorial no es posible ya el unificarse en torno a *una* bandera, por mucho que se trate de distinguir lo nacional de lo “popular”. Y esto a pesar de la simplificadora fórmula del pueblo frente a la casta o los de abajo frente a los de arriba. La casi inmediata aparición de las confluencias territoriales lo ha sacado a la luz de forma meridiana.

Por otra parte, su retórica dirigida a trascender el eje izquierda/derecha en torno a la denuncia de un enemigo común a la masa popular –la casta o los de arriba– hizo aguas al pactar con IU para luego integrarlo. Las encuestas mostraron, a la vez, cómo la ciudadanía tuvo claro desde el primer momento que estábamos ante un partido de extrema izquierda, ubicación en la que la mayoría de los encuestados no dejan de situarlos. La posterior confrontación en la cima entre Pablo Iglesias e Íñigo Errejón, más claramente adscrito a al tándem Laclau/Mouffe, refuerza esta idea. Iglesias ofrece un perfil más nítido de extrema izquierda tradicional, aunque renovada mediante el activismo en redes y en algunos medios de comunicación. Por no hablar de la propia experimentación de su principal confluencia, En Comú, con las directrices teóricas de Christian Laval y Pierre Dardot¹⁷. Nos encontramos aquí con un replanteamiento de la izquierda tradicional, alimentada ahora con un discurso de reapropiación de los bienes públicos a partir de un activismo político centrado fundamentalmente en el nivel local.

Resumiendo se podría decir 1) que la dialéctica partido/movimiento se ha inclinado de facto hacia el modelo de partido; 2) que la dialéctica instituciones/protesta en la calle sigue irresuelta, pero con visos de ser mantenida como una de las señas de identidad de este conjunto de agrupaciones; 3) que la dialéctica izquierda/transversalidad ha caído del lado de la izquierda, algo a lo que le ha obligado la propia geografía parlamentaria.

Esta suma de corrientes –unas más tradicionales, otras más novedosas; unas de ámbito nacional, otras del más propiamente autonómico–, han desembocado en una práctica política en reconstrucción constante que no nos permite atribuir ya sin más su adscripción al populismo “de izquierdas”. De él conserva el lenguaje

16 Es bien sabido que los sistemas *presidencialistas* latinoamericanos favorecen un acceso al poder más “libre de cargas” y de *accountability* que los parlamentarios. Primero, porque facilitan enormemente el liderazgo, el vínculo pueblo-líder; él recoge la emocionalidad del pueblo y lo representa afectiva y políticamente; en segundo lugar, porque la debilidad de los partidos y de la sociedad civil permite agregar en un solo movimiento el pluralismo de demandas corporativas y de interés.

17 C. Laval, P. Dardot, *Común. Ensayo sobre la revolución en el s. XXI*, Barcelona: Gedisa, 2015.



simplificador, la desconfianza hacia la democracia representativa, la retórica de pueblo con un antagonista bien definido –ahora “la Trama”– y, sobre todo, el manejo de las nuevas capacidades de comunicación expresiva envueltas en emocionalidad. Pero habrá que esperar a ver en qué se concreta más específicamente.

Donde sí opera la estrategia populista de forma más canónica es en el *independentismo catalán*. Aquí se dan cita todos los rasgos con los que iniciamos este trabajo, de a) a h). El lector puede comprobarlo por sí mismo aplicándolos uno por uno a la práctica que viene siguiendo este movimiento desde hace al menos un lustro. Con el conocido agravante de su desprecio de la legalidad vigente en nombre del “derecho a decidir” como máxima expresión de la prioridad de la voluntad popular sobre las instituciones del Estado de derecho.

CONCLUSIONES PROVISIONALES

1. Como puede observarse, la situación es preocupante, pero no podrá resolverse, a mi juicio, tratándola exclusivamente como una patología, desechándola como no democrática, “fascista”, xenófoba, o simplemente ignorándola. Esa actitud facilita su pretensión de abundar en la línea de fractura que les interesa, el englobar a todos los demás dentro de un mismo grupo, un nítido “ellos” frente al cual poder diferenciarse mejor y erigirse como la única “alternativa real”. El populismo ha devenido para los partidos sistémicos en un equivalente funcional al antagonista que precisan los populismos para afirmarse.
2. A veces resultará difícil, pero hay que buscar medios para acercarlos a una discusión común de los problemas que plantean. Puede que sea la solución más eficaz para sacarles de su burbuja o de su bucle autorreferente, además de la más democrática. La peor es, sin duda, la que ahora está predominando, incorporar a la agenda de los partidos tradicionales gran parte de sus demandas a la vez que se les demoniza. De esta forma su aún escaso éxito electoral se ve ampliamente compensado por haber ubicado sus preocupaciones en la centralidad de la discusión pública.
3. Con todo, la mejor forma de intervención es la recuperación de la confianza en las instituciones y la dignificación de la política, las causas últimas de la reciente proliferación de los populismos. No en vano, uno de sus mayores frentes de ataque es el desprestigio de las instituciones del Estado de derecho, que se subordinan al supuesto vínculo directo entre liderazgo y “pueblo”. Lo que estos movimientos o partidos ponen continuamente en entredicho es el componente *liberal* de la democracia arraigado en las instituciones del Estado de derecho. Invertir eso que antes calificábamos como la “recesión democrática” se convierte así en la auténtica prioridad y en la más eficaz fórmula para combatir este nuevo fenómeno. Sin olvidar, desde luego, suturar las grietas creadas por la crisis económica en la cohesión social.



RADIOGRAFÍA DEL POPULISMO

Máriam Martínez-Bascuñán

Profesora de Ciencia Política
Universidad Autónoma de Madrid

A VUELTAS CON LA DEFINICIÓN DE POPULISMO

“Simplemente, no tenemos nada parecido a una teoría del populismo”, comienza señalando Jan-Werner Müller en su extraordinario libro *“What is Populism?”* (2016). Y es que aunque “populismo” haya llegado a ser la palabra del año según la Fundación BBVA, paradójicamente se ha convertido también en un “significante vacío” en su sentido lacaniano¹. Populismo ya es un término en disputa sujeto a muy diversas interpretaciones, y el experto brinda posiblemente una de las más sugerentes y llamativas: “Populism is a particular moralistic imagination of politics”.

Decimos llamativa, porque a ojos de los teóricos populistas, moral es la respuesta que se da al populismo desde los partidos sistémicos en un ejercicio de “autoidealización” del “nosotros” demócratas moralmente irreprochables frente a “ellos” los populistas, según afirma Chantal Mouffe². Lo que nos está diciendo Müller, por el contrario, es que moral es el tipo de construcción política que distingue entre un pueblo puro, homogéneo y esencializado, frente a unas élites que son fundamentalmente corruptas, moralmente inferiores, y por tanto indignas de representar a ese pueblo sano.

A pesar de este interesante apunte, hay consenso en señalar las propiedades interrelacionadas que comparten los populismos de derechas. Cas Mudde las esgrime de forma sistemática como:

- *Anti-establishment*: En la medida en que es una construcción política que habla sobre la sabiduría y la virtud de la “gente corriente” frente a las élites intelectuales, mediáticas y políticas que representarían ese *establishment*.
- Autoritarismo: En tanto que favorecen la idea de un líder-fuerte y de formas directas de participación que canalizarían la libre expresión del “pueblo” frente al sistema tradicional de límites y controles al poder, y de protección de derechos de las minorías.

¹ Laclau, E. (2005): *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

² Mouffe, Ch. (2009): “El fin de la política y el desafío del populismo de derecha”, en *El Populismo como espejo de la democracia*, Francisco Panizza (compilador), Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 51-71.

- Nativismo: Porque a partir de un discurso nacionalista y xenófobo se asume que los estados deben excluir a la gente de otras culturas a favor de un mono-culturalismo.

Ben Stanley³ nos ofrecería unas características generales en las que podríamos incluir también al populismo de izquierdas: 1) la escisión élite/pueblo como dos unidades homogéneas; 2) la relación de antagonismo entre ellas; 3) la caracterización superior del “pueblo” frente a la denigración de la “élite”, y 4) la apelación a la idea de la soberanía popular como supuesto ente decisorio por excelencia.

Sin embargo, el “pueblo”, desde el discurso populista, es una unidad esencializada que coincide con los de “abajo”. Esto hace que aunque la segmentación analítica entre populismo de izquierdas y de derechas tenga sentido, en la mayoría de las ocasiones, el populismo no se reconoce en esa división tradicional porque lo que proclama ser es la voz de los de “abajo”, proyectando hacia arriba a los tradicionales partidos tanto de izquierdas como de derechas. El rasgo fundamental para distinguir el populismo de izquierdas del populismo de derechas está en el modo en el que se construye ese “pueblo”. Lo que hace que se califique como de derechas es su componente xenófobo, de forma que se presente a los inmigrantes como una amenaza para la identidad de ese pueblo. En Holanda, por ejemplo, el líder del ultraderechista *Partido de la Libertad*, Geert Wilders, lleva una década prometiendo “devolver Holanda a los holandeses” señalando a “la escoria marroquí que impone el terror en nuestros barrios”. Sabemos que los marroquíes (incluso de tercera generación) representan alrededor del 2% del total de la población holandesa.

Europa lleva conviviendo más de una década con esas proclamas recurrentes en partidos populistas de derecha. En Holanda, antes que Wilders, fue el sagaz populista Pim Fortuyn, quien previamente a ser asesinado por un joven holandés llegó a publicar un panfleto titulado *Contra la islamización de nuestra cultura*. Similares reivindicaciones hemos visto en Dinamarca, cuyo *Partido del Pueblo* también pide una “Dinamarca para los daneses” y califica al Islam como un cáncer, o del líder de partido *Vlaams Belang* en Bélgica al declarar que: “El Islam es el enemigo número uno no solo de Europa, sino de todo el mundo”.

Este cambio en el paisaje político europeo se acelera al final de la guerra fría “como si la vida pública de un país necesitara un enemigo al que rechazar”, nos dice Todorov⁴. Por ello, no deja de sorprender que el politólogo Mudde asegure que el impacto del populismo recientemente se ha exagerado⁵. La evidencia empírica nos muestra que desde 1960 el porcentaje de voto en parlamentos nacionales europeos destinado a partidos populistas se ha duplicado en perjuicio de los tradicionales partidos. Hablamos de una presencia que iba del 5,1%, y

3 Stanley, B. (2008): “The Thin Ideology of Populism”, *Journal of Political Ideologies*, vol. 13, núm. 1, pp. 95-110 (102).

4 Todorov, T. (2012): *Los enemigos íntimos de la democracia*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.

5 Mudde, C. (2013): “Three decades of populist radical right parties in Western Europe: So What?”, *European Journal of Political Research* 52: 1-19



que ha llegado a alcanzar un 13,2% en la actualidad, además de haber triplicado el número de escaños (del 3,8% al 12,8%)⁶.

En términos cuantitativos el impacto del populismo es obvio, si además incluimos la sorprendente victoria electoral de Trump en el país más poderoso del planeta. Desde el punto de vista cualitativo el terremoto político ha sido aún mayor. Por un lado, los discursos populistas han reconfigurado el espacio ideológico de los tradicionales partidos haciendo que asuman estrategias y prerrogativas de ese sello. El politólogo holandés Van Spanje, por ejemplo, los llama “partidos contagiosos”, porque sus discursos acaban provocando una reconfiguración ideológica en las tradicionales fuerzas políticas⁷.

Además de todo ello, estos partidos han jugado un rol decisivo tanto en la convocatoria como en el desenlace final del referéndum sobre la permanencia o no de Gran Bretaña en la Unión Europea. Estos dos ejemplos paradigmáticos, las elecciones estadounidenses y el triunfo del *Brexit*, muestran hasta qué punto el populismo es un fenómeno que ha irrumpido en el escenario político global y está aquí para quedarse. También nos interpelan para ofrecer una explicación del éxito de su auge. Con este fin procederemos en este trabajo a articular una radiografía del populismo tratando de responder a dos preguntas básicas: cómo funcionan los populismos y por qué funcionan.

¿CÓMO FUNCIONAN LOS POPULISMOS?

El reclamo populista se formula a partir de la vaga reivindicación de “llevar la política al pueblo”⁸. Por supuesto, tal reclamo no faltó en el discurso inaugural de Donald Trump:

Today’s ceremony, however, has very special meaning. Because today we are not merely transferring power from one administration to another or from one party to another, but we are transferring power from Washington, D.C. and giving it back to you, the people.⁹

En esta deliberada ambigüedad cobra relevancia la pregunta de Judith Butler: “*Who is the people?*”¹⁰, para contestar con ella que “the people” no es un pueblo dado, sino constituido mediante unas líneas de demarcación que implícita o explícitamente quiere fijar un grupo. De esta forma, cuando en enero de 2015 el Partido alemán *Pegida* reclamaba para sí ese “nosotros somos el pueblo”, lo hacía a través de un ejercicio auto-constitutivo que debía excluir a los musulmanes

6 Así lo muestran las estimaciones de Inglehart, R.F. y Norris, P. (2016): “Trump, Brexit, and the Rise of Populism: Economic Have-Nots and Cultural Backlash”, *Faculty Research Working Paper Series*, Harvard: Harvard Kennedy School.

7 Véase por ejemplo Van Spanje (2011): “Keeping the rascals in: Anti-political-establishment parties and their cost of governing in established democracies”. *European Journal of Political Research* 50(5): 609-635.

8 Canovan, M. (2002): “Taking Politics to the People: Populism as the Ideology of Democracy”, en *Democracies and the Populist Challenge*, Yves Mény e Yves Surel (eds.). Oxford: Palgrave.

9 Puede encontrarse el discurso completo en:

https://www.nytimes.com/interactive/2017/01/20/us/politics/donald-trump-inauguration-speech-transcript.html?mcid=nyt-es&subid=article&ref=nyt-es&_r=0

10 Butler, J. (2015): *Notes Toward a Performative Theory of Assembly*. Cambridge: Harvard University Press.

inmigrantes y configurar su idea operativa de nación, mientras Merkel contestaba: “el Islam es parte de Alemania”. Como sostiene Müller, “no puede haber populismo sin alguien hablando en nombre del pueblo entendido como un todo”, pero además, esa apelación al pueblo se hace a través de un ideal que le presume moralmente puro y con una voluntad infalible. Aparecería así otro de los puntos centrales del populismo: precisamente por su raíz racista, tan solo una parte de ese pueblo representa realmente al pueblo¹¹.

De esta forma, habría que hablar de una paradoja entre dos palabras, populismo y pueblo, que muy acertadamente señala Pierre Rosanvallon¹²: sucede que el populismo es una acepción negativa y peyorativa y, sin embargo, deriva de aquella otra (pueblo) que conforma positivamente la democracia. Y así, el pensador francés se pregunta: ¿hay una forma buena y mala de ser demócrata? ¿Y una manera buena y mala de constituirse en pueblo?

Lo que existe sin duda es una distancia irresoluble entre un principio democrático como lo es la soberanía popular, y el carácter problemático de ese pueblo como sujeto social y político, señala Rosanvallon. Esa distancia es la que aprovecha la estrategia de construcción política populista para erigirse a partir de una triple simplificación que es común al lenguaje, a la doctrina y la práctica de todos los populismos. Veamos.

I. En primer lugar, debemos hablar de *una simplificación sociológica y política*, dice el autor. Esta simplificación consiste en considerar al pueblo como un “sujeto evidente”, definido por su diferencia con respecto a las élites. En esta operación, el pueblo sería la parte “sana y unificada” de una sociedad, un bloque formado de manera natural en oposición a la parte mala de la sociedad, esto es, la élites oligarcas. Lo que sucede aquí, señala el autor, es que sin necesidad de negar que puede haber una oligarquía rica, el hecho de que esta exista no devuelve al pueblo la consideración de una masa unida. Esa élite oligarca no es, por tanto, el principio negativo que proyecta sobre el pueblo como un todo su consideración de sujeto político unificado y sano, en oposición a una élite definida como corrupta.

II. La segunda *simplificación es procedimental e institucional*. El populismo imagina que el sistema representativo aliena al pueblo, y está corrompido estructuralmente por políticos. La paradoja, añade Müller, es que al mismo tiempo que se rechaza la dimensión representativa de la democracia, solo ellos se arrogan la legitimidad de ser los verdaderos representantes del pueblo¹³. Esto no parece contradictorio con la premisa de que la única forma “real” de democracia para ellos sería aquella que llama directamente al pueblo a partir de su fórmula más directa, esto es, el referéndum¹⁴. Bajo esta

11 *Ibid.*, 21.

12 Rosanvallon, P. (2011): “Penser le populisme”, en *La vie des idées.fr*, 27 de septiembre de 2011.

13 *Ibid.*, 20.

14 Aunque el referéndum que ha provocado el terremoto político más grande de los últimos tiempos ha sido el del Brexit, tenemos bastantes antecedentes en Europa de consultas populares igual de estafalarias; por ejemplo, la de 2009 en Suiza, auspiciada por el partido xenófobo de Christophe Blocher denominado Unión Democrática de Centro, que consigue aprobar la prohibición de construir minaretes en Suiza.



simplificación se encuentra también el rechazo a los poderes y cuerpos intermedios propios del modelo político liberal. La llamada directa a la participación del pueblo asume además dos argumentos falaces sobre la participación y su conexión con la idea de “democracia auténtica”. La primera falacia es aquella que entiende que tener preferencias políticas implica saber ejercer un juicio político, ser capaz de confrontar y defender tu preferencia política con argumentos y escuchar otros. La segunda falacia conlleva asumir que votar es lo mismo que tener voz, cuando por lo general bajo estos procesos participativos lo que se hace es disolver la voz de los participantes en los intereses encubiertos de un líder¹⁵.

III. La tercera simplificación populista, a juicio de Rosanvallon, tiene que ver con el entendimiento de lo que significa el lazo social. Según el pensador francés, para el populismo, aquello que construye la cohesión social en una comunidad no es otra cosa que su identidad, antes que la calidad interna de las relaciones sociales. Esa identidad, que se define siempre en sentido negativo, provoca la estigmatización de aquellos que son expulsados de la definición del “nosotros”.

En Europa, en estos momentos, esa definición negativa del lazo social la están desarrollando populismos xenófobos como los de Le Pen, Wilders, Farage o Hoffer. Pero, ¿por qué surgen en esos países tan dispares? Estos políticos, señala Bauman en su último libro, “sacan partido de la inquietud provocada por la afluencia de extranjeros de quienes se teme que impulsen más a la baja aún unos salarios que ya se resisten a aumentar”¹⁶.

El contexto de “inseguridad existencial” que vivimos, en palabras del sociólogo, es aprovechado por políticos que no dudan en emplear tales argumentos estigmatizadores: “Todos los terroristas son migrantes” sentenció el primer ministro de Hungría, Viktor Orbán. El resultado es que un 87% de la ciudadanía húngara apoya la solución de Orbán “al problema de los migrantes”, y, por ende, “al inquietante fantasma de la inseguridad”. Esto, a su vez, explica la emergencia de los grandes “hombres fuertes”, y el gran apoyo que suscitan en amplias capas de la población europea. Es lo que algunos politólogos como David Sanders, de la Universidad de Essex, han bautizado como “populismo autoritario”.

El fenómeno del populismo autoritario se produce cuando se da la conversión de migrantes en chivos expiatorios en los que descargar esa inseguridad existencial, aparece un argumentario cínico en relación al rol político de las instituciones de la UE, una oposición “virulenta” a los derechos humanos, una política exterior basada en la defensa y un discurso nacionalista de corte aislacionista.

Tal y como señalan Sanders *et al.*, ese populismo autoritario es respaldado por más de la mitad de la población de 8 de los 12 países europeos estudiados.

15 Nos referimos a las críticas fundamentales que el modelo deliberativo de democracia hace al modelo participativo. Para un mayor conocimiento sobre el tema puede leerse por ejemplo Held, D. (2007): *Modelos de democracia*. Madrid: Alianza.

16 Bauman, Z. (2016): *Extraños llamando a la puerta*. Barcelona: Paidós, p. 22.

Por ejemplo, Rumanía con un 82%, Polonia con un 78%, Francia con un 63%, Holanda con un 55%, Finlandia con un 50%, Dinamarca con un 49%, Reino Unido con un 48%, Italia con un 47%, Suecia con un 35% y España con un 33%¹⁷.

Las claves hasta ahora esgrimidas ayudarían a entender los mecanismos de funcionamiento del populismo, pero dirían poco sobre las causas explicativas de su éxito. La segunda pregunta que pretende contestar este trabajo sería precisamente esta: ¿cómo explicar el amplio respaldo que están encontrando los discursos populistas en la actualidad? Es decir, ¿por qué funcionan?

¿POR QUÉ FUNCIONAN LOS POPULISMOS?

La emergencia y éxito de los nuevos populismos puede explicarse a partir de un cambio en las estrategias políticas de los partidos, y también de una transformación en el seno de las preferencias y demandas de la opinión pública. Sus votantes están frustrados y sufren de resentimiento, se dice¹⁸. Este estado emocional es aprovechado por líderes europeos como Le Pen o Wilders sobre los que ya se ha generalizado el calificativo de líderes populistas, pero también en contextos como el español. Recordemos que Podemos identifica el panorama surgido tras las manifestaciones del 15 M como un “momento populista”. La lectura que hacen los partidos populistas se centra en dos factores que marcan el momento de crisis de la democracia que vivimos: por un lado, la crisis de la representación política, y por otro, lo que se ha denominado como la reacción a la visión pospolítica de la democracia.

I. Crisis de la representación política.

José Ignacio Torreblanca lo explica bien en su libro *Asaltar los cielos* (2015): las reivindicaciones principales del 15 M giraban en torno a dos eslóganes que decían “No nos representan” y “Democracia real ya”. Según interpretaron los dirigentes de Podemos, tales reclamos, apoyados por un 81% de la población, no podían leerse en clave del eje tradicional izquierda/derecha, sino como una demanda de regeneración democrática. Aplicando esa lógica de construcción política del populismo que divide el campo de lo social en torno a la lucha antagónica de “nosotros” frente a un “ellos”, se decide entonces crear esa identidad a partir de la oposición élite (casta)/pueblo.

En realidad, esta explicación populista no era más que la simplificación del argumento más sofisticado sobre las élites extractivas que formulara César Molinas en su célebre artículo “Una teoría de la clase política española”, publicado en *El País* el 10 de septiembre de 2012. Dicho artículo confirmaba algo que todos los estudios demoscópicos venían afirmando desde hacía tiempo: una mayoría de ciudadanos del mundo no confía en sus gobiernos ni en sus instituciones, y desprecia a sus políticos. Como en casi todas las democracias occidentales, el

¹⁷ Sanders, D., Scotto, T., y Jason, R. (2016): *The Consequences of Authoritarian Populism in Britain*. Working Paper, Research Repository, University of Essex.

¹⁸ *Ibid.*, p.1.



principal problema que afectaba a España era la llamada crisis de la representación política.¹⁹

Por crisis de representación política entendemos el fenómeno mediante el cual las instituciones de los sistemas democráticos dejan de ser representativas de la ciudadanía, o que la ciudadanía deja de percibir las como tales. De esta forma, el fin de la representación se produce cuando en ella no se encuentra ninguna indicación del contenido real al que representa, cuando el sistema político se hace autorreferencial en el sentido de que los representantes no se perciben como voces que expresan las distintas demandas de la ciudadanía o como opciones que impliquen proyectos políticos claramente diferenciables. Esto vendría a explicar por qué el populismo marca una frontera que trata de dibujar una diferencia nítida entre los actores políticos, donde se vea proyectado un antagonismo social; en este caso, el que se daría entre “el pueblo” frente a la clase política. De esta forma se intenta reaccionar contra lo que el populismo denomina la concepción pospolítica de la democracia.

II. La concepción pospolítica de la democracia.

En el diagnóstico que la teórica populista Chantal Mouffe hace de la crisis de la democracia, señala el fin del modelo adversarial de la política como una de las principales fuentes de las que se nutren los populismos. El “consenso pospolítico” hacia el centro, alimentado por la Tercera Vía de Blair, desdibuja las fronteras políticas y la percepción de que existen modelos alternativos que representen el antagonismo social. La crisis de la representación política se explicaría más bien a partir de “esa negativa a considerar lo político en su dimensión antagónica”, porque ese antagonismo social no es llevado a las instituciones, señala Mouffe²⁰. El modelo “consensual” de democracia que favorece el liberalismo hace que las fuerzas políticas tradicionales se encuentren desconcertadas ante el empuje de partidos populistas que desafían esta visión pospolítica gracias a la articulación de nuevas fronteras como la que construyen a partir de esa oposición entre “pueblo” y “establiment”, afirmando ser ellos mismos “la voz del pueblo”.

Esta sería a grandes rasgos la lectura política que hacen los populismos del contexto actual. Por su parte, desde la academia se están dando otras claves. Nosotros centraremos en el estudio elaborado por Inglehart y Norris (2016), según el cual, para explicar el exitoso eco que estas estrategias populistas han encontrado en buena parte de democracias occidentales, habría que acudir a dos teorías.

La primera sería de tipo económico y nos llevaría a los llamados “perdedores de la globalización”²¹. Esta perspectiva que pone el foco en la desigualdad económica hablaría de un proceso de globalización y disrupción tecnológica en el que las

19 Así lo han ido confirmando el Eurobarómetro, el Latinobarómetro, Transparency International, la Encuesta Mundial de Valores, WorldPublicOpinion.org, etc.

20 *Ibid.*, 72.

21 El término “perdedores de la globalización” ha sido desarrollado por numerosos trabajos. Uno de los primeros fue Kriesi, H., Grande, E., Lachat, R., Dolezal, M., Bornschieer, S., y Timotheos, F. (2006): “Globalization and the transformation of the national political space: Six European countries compared”. *European Journal of Political Research*, Vol. 45, Issue 6, October, pp. 921-956. Este trabajo trata de responder a la hipótesis de cómo esa división estructural entre ganadores y perdedores de la globalización acaba por afectar al núcleo liberal de las democracias occidentales.

decisiones políticas tomadas habrían generado una brecha entre trabajadores formados, empleados de sectores tecnológicos con mayor movilidad geográfica, que se habrían beneficiado de la globalización. Algunos politólogos como Charles Murray²² se han referido a este segmento social como el de una “élite cognitiva” urbana, con buena formación educativa, que comparte valores progresistas y cosmopolitas similares y una “alta” consideración sobre sí mismos. De otro lado, estarían los trabajadores perjudicados por la globalización: obreros manuales tradicionales desfavorecidos por la desindustrialización y deslocalización. Los llamados trabajadores “desclasados” se habrían sentido abandonados por los partidos tradicionales, especialmente los de izquierda, más preocupados por políticas de identidad y la cuestión del multiculturalismo.

La explicación que ofrece Murray es interesante en la medida en que arroja luz para entender por qué las clases trabajadoras y obreras cuyos padres y abuelos habrían votado tradicionalmente por partidos liberales o de izquierda ahora estarían apoyando a Le Pen en Francia, por ejemplo, habrían optado por el *Brexit*, o se habrían decantado por la elección presidencial de Trump. Según el politólogo, lo que sucede con estos segmentos de población es que “sufren” las políticas progresistas de esa élite cognitiva: son ellos quienes deben competir con inmigrantes por puestos de trabajo si se abren fronteras, o quienes “pierden” su lugar en el mundo o el sentido que tienen de sí mismos cuando se aplican las políticas feministas que tratan de incorporar a las mujeres al mercado laboral. Estos trabajadores acaban dejando atrás ese estatus de *pater familias*, o de autoridad dentro de sus comunidades que dotaba de contenido y sentido a su propia identidad.

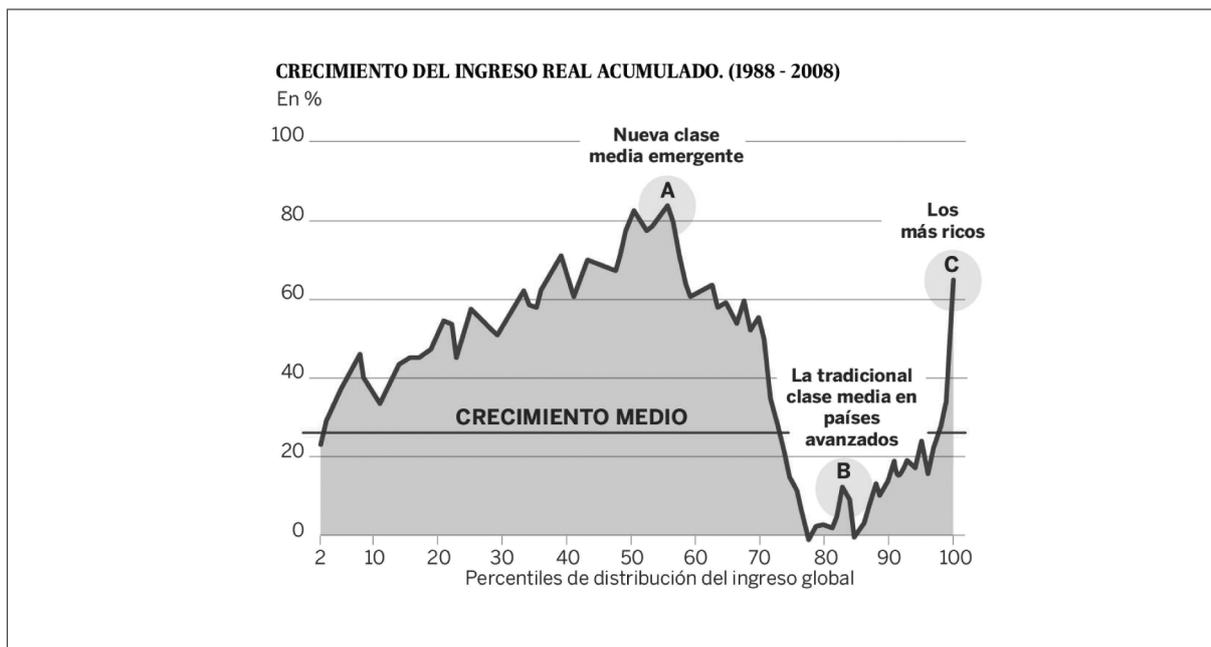
La tesis de los perdedores de la globalización encuentra un importante respaldo en la obra de Branko Milanovic titulada *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization*²³ y situada como uno de los libros más influyentes del 2016. Según el economista, no hay duda de que estamos ante la era más desigual de la historia que ha crecido desde los años 80 y de que esta brecha ha afectado especialmente a las clases medias. Basado en las encuestas de presupuestos familiares de 20 países entre 1988 y 2008, el economista ha elaborado un gráfico denominado “cuello del elefante”, en el cual sitúa a la clase “media alta global” que vive en países avanzados. Frente al punto A, formado en gran parte por las nuevas clases medias chinas e indias que experimentan las mayores mejoras económicas de los últimos 20 años, el arco de países representados en el punto B que iría desde Italia a EE.UU., Reino Unido y Francia, entre otros, habrían experimentado un profundo estancamiento de su nivel de vida.

El autor, por tanto, está afirmando que además de crecer la brecha económica al interior de los estados, se ha cerrado entre países pobres y ricos. Esta última idea vendría a confirmar la ansiedad que aparece en Occidente cuando deja de ser modelo no solo de valores y libertades cívicas, sino de sociedades que representaban patrones de calidad de vida sostenidos gracias a los Estados de bienestar.

22 Léase por ejemplo Murray, Ch. (2012): *Coming Apart: The State of White America, 1960-2010*. New York: Crown Publishing Group.

23 Milanovic, B. (2016): *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization*, Harvard: Harvard University Press.





Fuente: Branko Milanovic. EL PAÍS

Sin embargo, esta explicación económica también ha sido cuestionada. Para otros autores no está claro que podamos hablar de “perdedores de la globalización”, porque todo el mundo se ha beneficiado de la misma en alguna medida. Sería más acertado plantear la idea de un volumen insatisfecho de expectativas generada por la globalización misma. Este argumento, desarrollado principalmente por Cas Mudde²⁴, vendría a sugerir que en realidad esos trabajadores “desclasados” habrían engrasado las filas de votantes abstencionistas, y los que en verdad estarían apoyando estos partidos serían las segundas generaciones de precarios cualificados que no habrían visto satisfechas esas expectativas generadas por la globalización.

También Jan-Werner Müller nos habla sobre la dudosa categoría de grupos socioeconómicos que apoyan al populismo, incluso desde un punto de vista empírico. Contamos con un importante número de estudios demoscópicos que muestran que con frecuencia no existe correlación entre la situación económica personal y el apoyo a un partido populista de derecha.

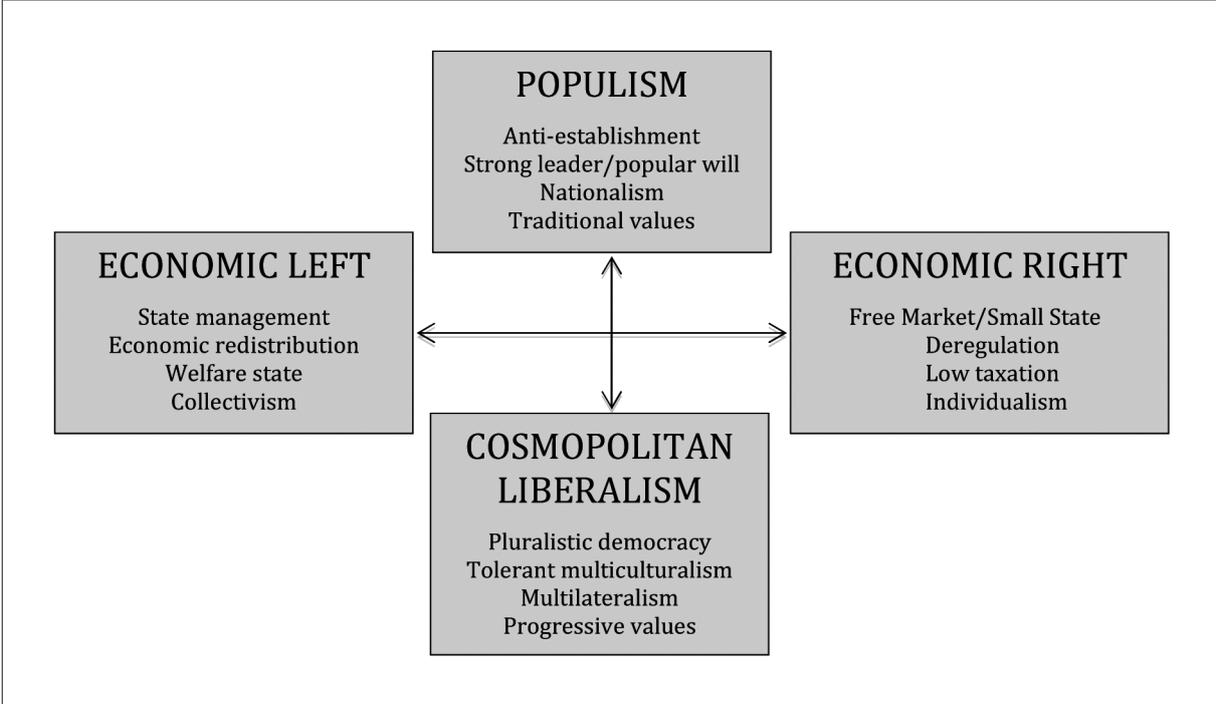
A pesar de que esta explicación es “económica” y está vinculada con esa categoría sociológica de “perdedores de la globalización”, podría conectarse con la segunda explicación que ofrecen Inglehart y Norris sobre el auge y el éxito de los populismos. Hablamos en este caso de una “reacción cultural” o *cultural backlash*, que vendría a sugerir que el aumento de votos que habrían experimentado los partidos populistas se explicaría como una reacción contra un cambio

24 Este argumento ha sido desarrollado por el autor en:
http://www.huffingtonpost.com/cas-mudde/the-revenge-of-the-losers_b_11407468.html

cultural progresista que surge a partir de la década de los 70 del pasado siglo. Este argumento se fundamenta sobre la base de esa “revolución silenciosa” que trae consigo un alto grado de seguridad existencial experimentada por las poblaciones de las sociedades que habitan las democracias desarrolladas occidentales durante las décadas de posguerra.

Ese momento vive el auge de los llamados valores posmaterialistas como el cosmopolitismo, el feminismo o el multiculturalismo, de forma que lo que estaríamos experimentando ahora sería un movimiento reaccionario dado entre las generaciones más viejas, que comprendería especialmente a hombres blancos, con poca formación educativa, y más vulnerables a las llamadas populistas ante la experimentación de su declive o pérdida del lugar en el mundo debido a los valores intangibles progresistas que se expanden durante la posguerra.

Sería posible así establecer un *cultural cleavage* que comprende dos visiones antagónicas de ver el mundo: la populista y la liberal cosmopolita, tal y como establecen Inglehart y Norris. Estaríamos hablando de una confrontación dada a partir de la defensa o no de valores tradicionales frente a estilos de vida liberales, a cierre de fronteras y monoculturalismo, frente a formas pluralistas de ejercer el gobierno que comprenden la tolerancia, el respeto hacia el derecho de minorías culturales y el multiculturalismo, etc. En suma, nos hallamos ante dos tipos ideales que reflejarían la lucha política al interior de los sistemas de partidos dentro de la mayoría de las democracias europeas.



Fuente: Inglehart & Norris



Estas dos visiones, pues, estarían ejemplificadas por partidos populistas de derecha frente a los partidos progresistas liberales cosmopolitas tradicionales. Hablamos fundamentalmente de los siguientes partidos:

Austria	Partido de la Libertad
Croacia	Partido de los Derechos
Dinamarca	Partido del Pueblo
Finlandia	Partido de los Verdaderos Finlandeses
Francia	Frente Nacional
Alemania	Alternativa por Alemania
Grecia	Aurora Dorada
Hungría	Fidesz-Unión Cívica Húngara
Italia	Liga Norte
Luxemburgo	Reforma Democrática Alternativa
Países Bajos	Partido de la Libertad
Noruega	Partido del Progreso
Polonia	Congreso de la Nueva Derecha
Eslovenia	Partido Democrático Esloveno
Eslovaquia	Movimiento Democrático Cristiano
Suiza	Partido del Pueblo Suizo
Gran Bretaña	UKIP

La diferencia con respecto a los partidos populistas de izquierda radicaría en ese *cultural backlash*, pero no en la concepción económica, la crítica contra la globalización y la construcción discursiva a partir del *frame* del patriotismo económico. La coincidencia en la concepción económica se ve muy bien, por ejemplo, en el populismo de izquierdas y de derechas que existe en Francia representado por Marine Le Pen y Mélenchon. Lo mismo podría predicarse de Podemos en España, o de Syriza en Grecia.

En líneas generales, hablaríamos de partidos que tratan de dar respuesta al descontento de los llamados “perdedores” de la globalización, tanto en términos económicos como culturales. Sin embargo, quizás esta aproximación analítica es un tanto simplificadora. Dejaría fuera preguntas cruciales: por ejemplo, la teoría de los perdedores de la globalización no explicaría por qué se produce un auge del populismo xenófobo en un país como Austria, que no ha sufrido la crisis económica, o por qué las sociedades escandinavas temen a la globalización cuando compiten tan bien con ella.

CUESTIONES ABIERTAS

El auge de los populismos de extrema derecha en Europa y en el mundo anglosajón han precipitado la emergencia de explicaciones para entender resultados electorales como el del *Brexit* o la elección presidencial de Trump. El tsunami político provocado por estos dos resultados electorales vino acompañado de un no menos acuciado colapso de enfoques intelectuales para dar cuenta de lo que estaba sucediendo.

Así, la noche de la victoria electoral de Trump, el premio nobel de economía Paul Krugman señaló en su cuenta de Twitter: “Realmente, la gente como yo, y probablemente la mayoría de los lectores de *The New York Times*, no hemos entendido nada del país en el que vivimos”. El intelectual y economista hacía referencia a la crisis de actores intermedios que vivimos en la actualidad y que comprende, entre otros, al papel de la prensa tradicional a la hora de ordenar la jerarquía de las opiniones en el espacio público, pero también a la sucesión de errores en el ámbito académico en predicción de resultados electorales y enfoques explicativos de los acontecimientos vividos.

Algunos politólogos como Larry Bartels²⁵ han cuestionado las principales hipótesis explicativas de la elección presidencial de Trump para sostener que su victoria encaja con un ciclo electoral que confirma una elección de continuidad antes que de realineamiento. No estaríamos, por tanto, ante una revuelta de las masas protagonizada por esos perdedores de la globalización, sino ante una elección ordinaria consistente con pautas de voto republicanas tradicionales.

Lo que sí sabemos es que nos encontramos ante la mayor ola reaccionaria producida desde los años 30 que está poniendo en jaque el modelo liberal de democracia tal y como lo conocíamos. Existe un repunte de movilización de votos de ultraderecha que tiene que ver con la vuelta a la política de la identidad nacionalista, y ahí coincidirían tanto los discursos del populismo de izquierdas como los de derechas, incluso, de partidos tradicionales que van asumiendo progresivamente el terreno de juego del populismo.

Se habla de un agotamiento del marco discursivo de la nueva izquierda y la solución multicultural y políticas de acción afirmativa para minorías étnicas o para cuotas de género. El punto central aquí radica en comprobar si tal reacción está vinculada con la dimensión neoliberal de la globalización en alianza con las fuerzas progresistas de las democracias liberales, como ha sostenido recientemente Nancy Fraser²⁶. También cabe preguntarse si esta revuelta contra-cultural o *backlash* puede explicarse autónomamente o recurriendo a otros ejes de conflicto que probablemente marcarán el siglo XXI entre sociedades abiertas y cosmopolitas frente a sociedades cerradas y homogéneas, entre zonas rurales y suburbanas castigadas por la desindustrialización frente a núcleos urbanos integrados en la globalización financiera.

Todas estas cuestiones quedan de momento abiertas a una mayor profundización. Todas ellas apuntan, además, a considerar el populismo como una respuesta a la crisis democrática que se manifiesta a nivel mundial, y que está siendo contestada desde la lógica populista incluso por fuerzas y personalidades del *establishment* tradicional. Es el caso de políticos como Fillon, respondiendo a sus problemas con la justicia desde la apostilla de que “el pueblo es el único juez”,

25 Véase por ejemplo:

https://www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/11/10/2016-was-an-ordinary-election-not-a-realignment/?utm_term=.0cecc2d60096

26 Léase Fraser, N.: “The End of Progressive Neoliberalism”, en *Dissent*, 2 de enero de 2017:

https://www.dissentmagazine.org/online_articles/progressive-neoliberalism-reactionary-populism-nancy-fraser



o de Mas, reduciendo la democracia al mero acto de votar. Nos encontramos ante situaciones abordadas por políticos tradicionales desde esa lógica populista, en lugar de tratar de dar una respuesta de verdadera refundación democrática ante la crisis de sistema que vivimos. Ahí radica la importancia de identificar estos discursos y combatirlos con otros discursos. Es en ese sentido en el que cobra especial relevancia la sentencia de Rosanvallon al señalar que en estos momentos es “sobre el terreno de las ideas donde se juega la batalla decisiva”.



PUBLICACIONES





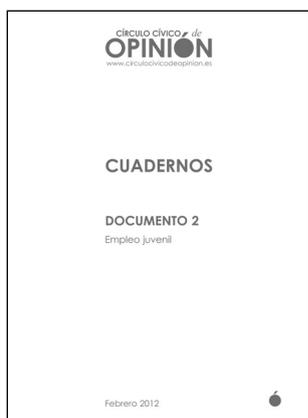
Colección CUADERNOS

DOCUMENTOS E INFORMES



DOCUMENTO nº 1

*España: ante una encrucijada crítica.
Empleo, responsabilidad y austeridad*
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2011



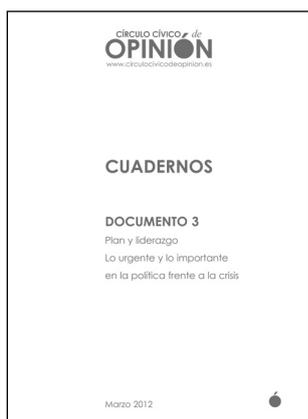
DOCUMENTO nº 2

Propuestas para fomentar el empleo juvenil
Círculo Cívico de Opinión. Febrero de 2012

INFORMES

Para un diagnóstico sobre la formación y el empleo de los jóvenes.
L. Garrido Medina, UNED

El empleo juvenil en España: un problema estructural.
F. Felgueroso, Universidad de Oviedo.



DOCUMENTO nº 3

*Plan y liderazgo. Lo urgente y lo importante en la política
frente a la crisis*
Círculo Cívico de Opinión. Marzo de 2012

INFORMES

Lo urgente y lo importante en la política económica hoy.

J.M. Serrano Sanz, Universidad de Zaragoza

Políticas para una recesión de balance.

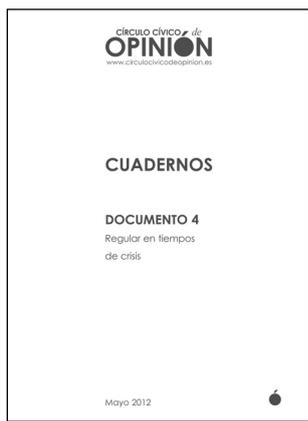
M. Martín Rodríguez, Universidad de Granada

Economía española. Diagnóstico, situación y propuestas.

A. Torrero, Universidad de Alcalá

*La política económica frente a los problemas urgentes e importantes
de la economía española actual.*

A. Costas, Círculo de Economía



DOCUMENTO nº 4

La refundición de los reguladores
Círculo Cívico de Opinión. Mayo de 2012

INFORMES

Sobre la estabilidad de la regulación. Fórmulas de equilibrio y frentes de riesgo.
J. Esteve Pardo, Universidad de Barcelona
Estabilidad regulatoria.

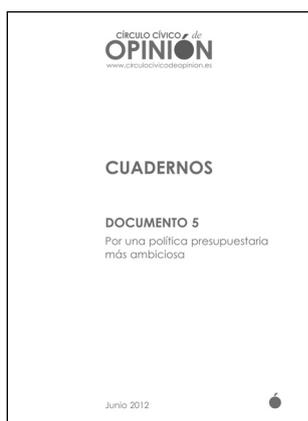
F.J. Villar, Universidad de Barcelona

Mínimos reguladores, mínima regulación, mínima restricción y mínima distorsión a los mercados.

A. Betancor, Universidad Pompeu Fabra

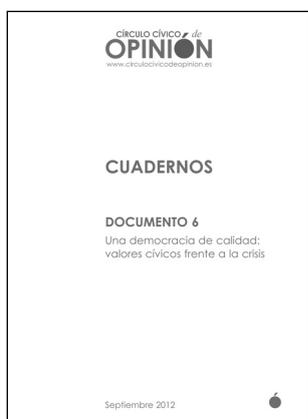
La estabilidad de la regulación económica.

J. de la Cruz Ferrer, Universidad Complutense



DOCUMENTO nº 5

Por una política presupuestaria más ambiciosa
Círculo Cívico de Opinión. Junio de 2012



DOCUMENTO nº 6

Una democracia de calidad: valores cívicos frente a la crisis
Círculo Cívico de Opinión. Septiembre de 2012

INFORMES

La moral de la democracia.

V. Camps, Universidad Autónoma de Barcelona

Elogio de la obligación. No hay democracia posible sin cultura de la obligación.

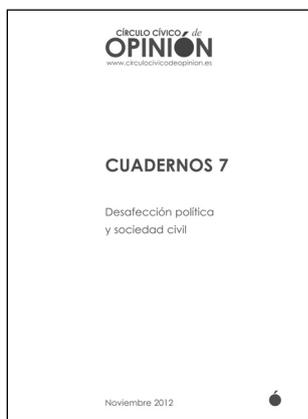
A. Cortina, Universidad de Valencia

Raíces privadas de la ética pública.

J. Goma Lanzón, Fundación Juan March

Remedios para lo irremediable.

F. Savater, escritor



DOCUMENTO nº 7

Desafección política y sociedad civil
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2012

INFORMES

Partidos políticos y sociedad civil: análisis de un divorcio, propuestas de reconciliación.

J. Rupérez, Embajador de España

La presunta desafección democrática.

J. M. Ruiz Soroa, abogado

Wikicracia y antipolítica.

I. Camacho, periodista y escritor

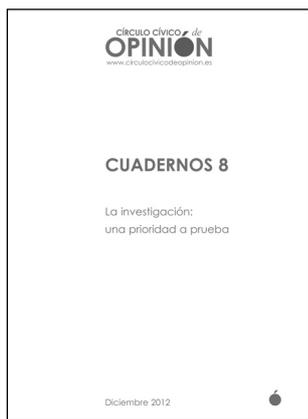
Fallo de país.

A. Ortega, escritor y periodista

Preocupémonos de los procesos, no de los resultados.

J. I. Torreblanca, UNED





DOCUMENTO nº 8

La investigación: una prioridad a prueba
Círculo Cívico de Opinión. Diciembre de 2012

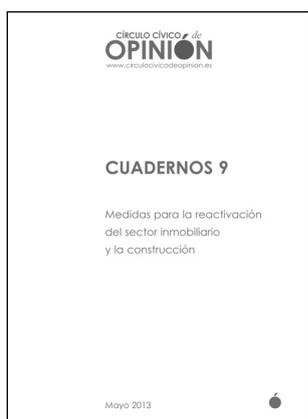
INFORMES

Investigación, desarrollo e innovación en una España en crisis: un breve informe de situación y algunas propuestas.

F. Cossío, UPV, Ikerbasque

La ciencia española entre dos leyes.

J. López Facal, CSIC



DOCUMENTO nº 9

Medidas para la reactivación del sector inmobiliario y la construcción
Círculo Cívico de Opinión. Mayo de 2013

INFORMES

La ciudad compacta, un recurso frente a la crisis.

L. Fernández-Galiano, Universidad Politécnica de Madrid

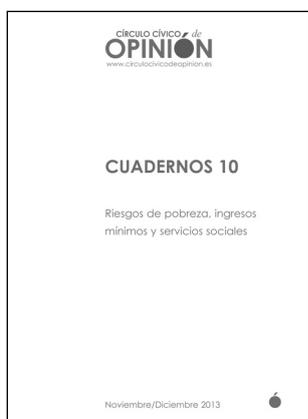
Territorio y ciudad, después de la crisis.

M. Martín Rodríguez, Universidad de Granada

El caso de Madrid: 1997-2012. Del urbanismo explosivo al inane.

Sacar lecciones de la crisis.

J. Gómez Mendoza, Universidad Autónoma de Madrid



DOCUMENTO nº 10

Riesgos de pobreza, ingresos mínimos y servicios sociales
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre/Diciembre de 2013

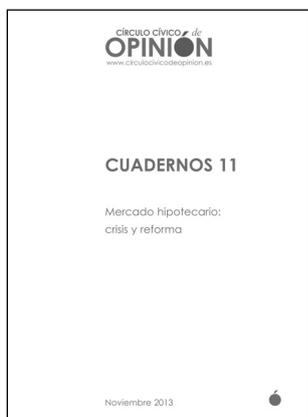
INFORMES

La garantía de unos ingresos mínimos para todos: una reforma necesaria para mantener la cohesión social y preservar el capital humano.

M. Laparra, Universidad Pública de Navarra

Problemas y dificultades de los servicios sociales públicos y propuestas.

D. Casado, Seminario de Intervención y Políticas Sociales



DOCUMENTO nº 11

El mercado hipotecario de viviendas en España: una reconsideración
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2013

INFORMES

Informe sobre los desahucios.

M. Atienza, Universidad de Alicante

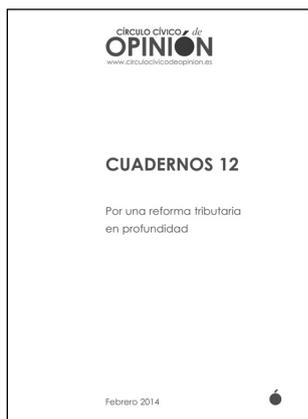
La crisis de la hipoteca.

M. Hernández-Gil Mancha, Registrador de la Propiedad

Hipoteca y sobreendeudamiento.

Breve nota sobre las recientes iniciativas legislativas.

E. Calmarza Cuencas, Registrador de la Propiedad y Mercantil



DOCUMENTO nº 12

Por una reforma tributaria en profundidad
Círculo Cívico de Opinión. Febrero de 2014

INFORMES

Reforma tributaria.

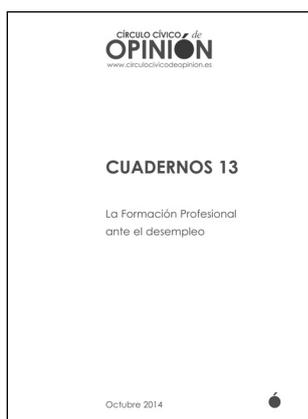
E. Albi, Universidad Complutense de Madrid

Tres reflexiones sobre la reforma fiscal: fraude, desigualdad y descentralización.

J. López Laborda, Universidad de Zaragoza

Una evaluación del sistema fiscal español y las reformas necesarias.

I. Zubiri, Universidad de Zaragoza



DOCUMENTO nº 13

La Formación Profesional ante el desempleo
Círculo Cívico de Opinión. Octubre de 2014

INFORMES

Situación actual de la Formación Profesional en España.

Apuntes para un breve diagnóstico y propuesta de una agenda prioritaria.

F. A. Blas, Universidad Complutense de Madrid

Apuntes sobre la Formación Profesional en España.

J. Carabaña, Universidad Complutense de Madrid

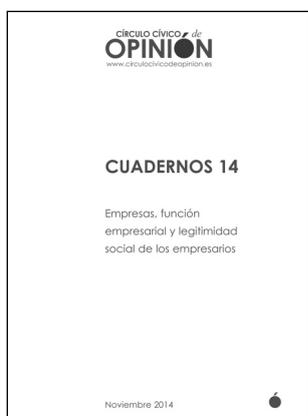
Se es de donde se hace el Bachillerato... o no se es:

sobre la minusvalorización de la Formación Profesional y sus consecuencias.

M. Fernández Enguita, Universidad Complutense de Madrid

La Formación Profesional en España desde la perspectiva del empleo.

F. J. Mato Díaz, Universidad de Oviedo



DOCUMENTO nº 14

Empresas, función empresarial y legitimidad social de los empresarios
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2014

INFORMES

La legitimidad de empresas y empresarios en España: una perspectiva comparada.

E. Huerta Arribas, Universidad Pública de Navarra

V. Salas Fumás, Universidad de Zaragoza

Valoración del empresario y problemas y retos de las empresas en España.

J.R. Cuadrado Roura y A. García Tabuena, Universidad de Alcalá

La función innovadora del empresario.

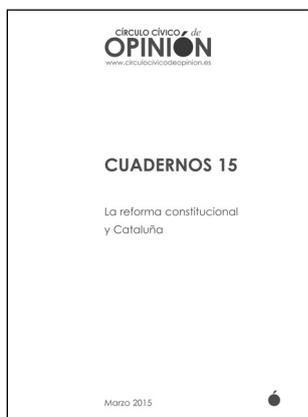
F. Becker Zuazua, Universidad Rey Juan Carlos

El empresario: función social y legitimación

A. Cuervo, CUNEF

El empresario en la sociedad actual. Clave del desarrollo societario y económico.

S. García Echevarría, Universidad de Alcalá



DOCUMENTO nº 15

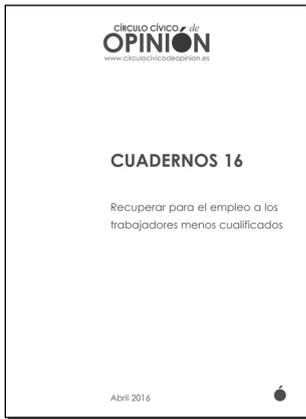
La reforma constitucional y Cataluña
Círculo Cívico de Opinión. Marzo de 2015

INFORMES

La reforma constitucional y Cataluña

S. Muñoz Machado, Universidad Complutense



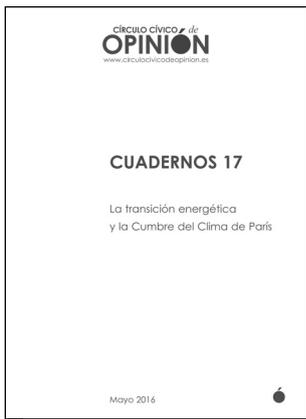


DOCUMENTO nº 16

Recuperar para el empleo a los trabajadores menos cualificados
Círculo Cívico de Opinión. Abril de 2016

INFORME

Recuperar para el empleo a los trabajadores menos cualificados.
L. Garrido, UNED, R. Gutiérrez, Universidad de Oviedo



DOCUMENTO nº 17

La transición energética y la Cumbre del Clima de París
Círculo Cívico de Opinión. Mayo de 2016

La transición energética y la Cumbre del Clima de París
C. López, Universidad Autónoma de Madrid



DOCUMENTO nº 18

El Brexit y los intereses económicos españoles
Círculo Cívico de Opinión. Junio de 2016

Referéndum sobre la permanencia del Reino Unido
A. Mangas

Colección POSICIONES

- 1. POR UN PACTO DE ESTADO**
Octubre de 2012
- 2. ECONOMÍA ESPAÑOLA: TAREAS PENDIENTES**
Noviembre de 2012
- 3. CORRUPCIÓN POLÍTICA**
Febrero de 2013
- 4. ECONOMÍA ESPAÑOLA: CORREGIR EL AJUSTE PARA INICIAR EL CRECIMIENTO**
Mayo de 2013
- 5. OCHO MIL MILLONES DE EUROS DE AHORRO: LA COMPLEJA REFORMA DE LA ADMINISTRACIÓN LOCAL**
Mayo de 2013
- 6. SUPERAR LA DESAFECCIÓN, RECUPERAR EL APOYO CIUDADANO**
Julio de 2013
- 7. POR UN COMPROMISO NACIONAL DE REGENERACIÓN DEMOCRÁTICA**
Octubre de 2013
- 8. CATALUÑA: A FAVOR DE LA CONCORDIA**
Enero de 2014
- 9. ECONOMÍA ESPAÑOLA: LAS EXIGENCIAS DE UN CRECIMIENTO VIGOROSO**
Febrero de 2014
- 10. ANTE LAS ELECCIONES EUROPEAS**
Abril de 2014
- 11. ESPAÑA, LA APUESTA POR LA RENOVACIÓN**
Octubre de 2014
- 12. ECONOMÍA ESPAÑOLA: EL REALISMO OBLIGADO. LA HORA DE LA POLÍTICA**
Enero de 2015
- 13. POR UNA CULTURA DE PACTO Y COOPERACIÓN POLÍTICA**
Mayo de 2015
- 14. ESPAÑA ANTE EL 27-S**
Septiembre de 2015
- 15. NUEVA LEGISLATURA, NUEVO CICLO POLÍTICO: POR LA REFORMA Y EL PACTO**
Noviembre de 2015
- 16. EL VALOR ECONÓMICO DE LA UNIDAD: CATALUÑA EN ESPAÑA**
Diciembre de 2015
- 17. A FAVOR DE LA POLÍTICA: UN BUEN GOBIERNO ¡YA!**
Febrero de 2016



**18. EUROPA ANTE LA CRISIS DE ASILO Y REFUGIO:
UN LLAMAMIENTO A LA RESPONSABILIDAD SOLIDARIA**
Marzo de 2016

19. HACIA LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA
Mayo de 2016

20. ANTE EL 26J
Junio de 2016

21. ELECCIONES PRESIDENCIALES USA, 2016: ENTRE EL VÉRTIGO Y LA RESIGNACIÓN
Septiembre de 2016

**22. RECUPERAR LA CONFIANZA:
POLÍTICA DE RESPONSABILIDAD SOCIAL DE LAS ENTIDADES BANCARIAS**
Febrero de 2017

23. PACTO POR LA EDUCACIÓN PARA ESPAÑA
Marzo de 2017



SOCIOS

Miguel Aguiló
Ingeniero de Caminos

Carlos Balado
Subdirector General Banco Popular

Fernando Becker
Catedrático de Economía Aplicada

Antonio-Miguel Bernal
Historiador

Victoria Camps
Catedrática de Filosofía Moral y Política

Luis Caramés
Catedrático de Economía Aplicada

Francesc de Carreras
Catedrático de Derecho Constitucional

Adela Cortina
Catedrática de Ética y Filosofía Política

Antonio Cortina
Director Adjunto del Servicio de Estudios
Banco Santander

Álvaro Delgado-Gal
Escritor

Luis Fernández-Galiano
Arquitecto

José Folgado Blanco
Presidente del Consejo de Administración
de Red Eléctrica Corporación

Juan Francisco Fuentes
Catedrático de Historia Contemporánea

José Luis García Delgado
Catedrático de Economía Aplicada

Luis García-Linares
Director General Corporativo de OHL

Jaume Giró
Director General Adjunto CaixaBank

Josefina Gómez Mendoza
Catedrática de Geografía

Fernando González Urbaneja
Periodista

Rodolfo Gutiérrez
Catedrático de Sociología

Juan Carlos Jiménez
Profesor de Economía Aplicada

Emilio Lamo de Espinosa
Catedrático de Sociología

Cayetano López
Catedrático de Física Teórica

Carlos López Blanco
Director Global de Asuntos Públicos
Telefónica

Óscar Luoreda
Catedrático de Traducción, Lengua Española
y Lingüística General

Alfonso Maldonado
Catedrático de Ingeniería Geológica

Francisco Mangado
Arquitecto

Araceli Mangas Martín
Catedrática de Derecho Internacional Público
y Relaciones Internacionales

Manuel Martín Rodríguez
Catedrático de Economía Política

Antonio Merino
Director de Estudios y Análisis del Entorno
Repsol YPF

Jaime Montalvo Correa
Vicepresidente Mutua Madrileña

Santiago Muñoz Machado
Catedrático de Derecho Administrativo

Conrado Navarro
Director de Relaciones Institucionales
Iberdrola

Luis Oro
Catedrático de Química Inorgánica

Josep Piqué
Economista

Javier Rupérez
Embajador de España

José Manuel Sánchez Ron
Catedrático de Historia de la Ciencia

José María Serrano Sanz
Catedrático de Economía Aplicada

José Juan Toharía
Catedrático de Sociología

José Ignacio Torreblanca*
Profesor de Ciencia Política
* Sin participación activa

Fernando Vallespín
Catedrático de Ciencia Política

Ramón Vargas-Machuca
Catedrático de Filosofía Moral y Política

José Antonio Zarzalejos
Periodista

Juan Antonio Zufiría
Director General de IBM Global Technology
Services Europa

RAZÓN DE SER

1. Tras una exitosa transición desde la dictadura a una democracia ya plenamente consolidada, y tras varias décadas de no menos exitosos procesos de modernización económica, social y cultural, España aborda el segundo decenio del nuevo siglo con un escenario incierto. Sin negar la existencia de ámbitos en los que se han efectuado avances importantes, lo cierto es que sobre nosotros pende todavía la salida a la grave crisis económica, y se percibe un claro desgaste de la confianza en la clase política y una crisis de gobernanza que, según muchos, está provocando una puesta en cuestión del mismo modelo de Estado y favorece el aumento de una cierta "fatiga civil". España, que había tenido un gran proyecto nacional unificador, el de la transición, muestra dificultades para reencontrar una visión clara de su interés general por encima de los intereses partidistas y de las prácticas que se arraigan en otros particularismos.

No es sorprendente que, en este contexto, y pocos años después de haber dado por definitivamente resueltos los problemas que atenazaron a regeneracionistas o noventayochistas, broten aquí y allá proyectos de "regeneración" y que incluso se hable de la necesidad de una "segunda transición": para unos, el modo de superar la primera; para otros, el modo de hacerla finalmente efectiva. Ese ímpetu regenerador pone de manifiesto, en todo caso, que España no ha perdido el pulso y que la sociedad civil se inquieta e incomoda ante el presente, buscando alternativas que nos devuelvan a una senda que se corresponda con un más activo papel internacional y sirvan para generar un nuevo proyecto nacional.

2. El Círculo Cívico de Opinión es un producto más de esa coyuntura de incertidumbre, en tanto que foro de la sociedad civil, abierto, plural e independiente, alejado de los partidos pero no neutro (y menos neutral). Su objetivo es ofrecer un vehículo para que grupos de expertos puedan identificar, analizar y discutir los principales problemas y dilemas de la sociedad española, pero con la finalidad de que esos debates, conclusiones y sugerencias puedan trasladarse a la opinión pública.

Para conseguirlo, el Círculo generará propuestas y sugerencias concretas, que serán sometidas al escrutinio de la opinión pública a través de los medios de comunicación, los clásicos y los nuevos, pues pretende utilizar al máximo las posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías de la información, para que su voz pueda ser escuchada y se proyecte hacia afuera. El Círculo parte del convencimiento de que no es bueno que los partidos monopolicen el espacio de la política; ésta debe estar abierta también a otros actores; foros como el Círculo pueden contribuir a ello.

3. El Círculo Cívico de Opinión toma la forma jurídica más simple, la de una asociación, y pretende trabajar con el mínimo posible de financiación y el mínimo posible de burocracia. Fundado por un grupo de ciudadanos preocupados por la marcha de la cosa pública, invita a todos los que puedan estar interesados a sumarse a su esfuerzo, contribuyendo tanto con apoyo económico como –lo que es más importante– con su inteligencia y conocimiento.

